

Córdoba, 24 de octubre de 1967



Esta Inspectoría Salesiana de Santo Domingo Savio ha sufrido en la tierra una grave pérdida con la muerte del

Reverendo D. Angel Mateos Calvo

Delegado Inspectorial de Apostolados Sociales

ocurrida el día 11 de diciembre de 1967, a los 50 años de edad, 34 de profesión y 24 de sacerdocio.

Una afección circulatoria que debía venir minando ocultamente su organismo, al parecer de fibra robusta, dio la cara repentinamente cuando él estaba preparando con todo entusiasmo para el día 27 de noviembre la reunión aquí en Córdoba del Consejo Regional de Antiguos Alumnos, después de haberlo hecho ya en Montilla con el de Cooperadores Salesianos.

Hubo de suspenderse la reunión, quedando en confiada espera de su pronta recuperación; pero la naturaleza fue por el contrario cediendo, y, tras algunas alternativas de ilusoria esperanza, que él aprovechó para recibir con toda devoción los Santos Sacramentos, en las primeras horas de la noche del domingo, día 11, nos dejaba para volar a Dios.

El sentimiento producido por la inesperada noticia de su fallecimiento fue de verdadero impacto en cuantos le habían conocido y admirado, no solamente en Córdoba, donde trabajaba incansable desde hacía tres años, sino en todas las ciudades donde había venido ejerciendo su labor apostólica y especialmente en Granada, donde por más años habían podido apreciar su entrega y abnegación santamente ejemplares.

El solemne funeral y entierro que tuvieron lugar en la tarde del día siguiente fueron una doble manifestación de condolencia y afecto para la Congregación Salesiana y de homenaje al salesiano bueno que calladamente, con abnegación y eficacia había sembrado la semilla del Señor en muchas almas.

La concurrencia de Cooperadores, Antiguos Alumnos y amigos fue muy nutrida, no sólo de las casas más próximas de la Inspectoría, pues estuvieron representadas todas las de la Península, sino también de las de Sevilla. Acudieron numerosas las representaciones de las comunidades religiosas y del clero secular, pues a todos se extendía su caridad, especialmente en el asiduo y callado apostolado del confesonario.

El comentario que brotaba espontáneo de todos los labios como expresión a la vez de dolor y de consuelo se encerraba en esta breve y sencilla pero honda frase: "¡Qué bueno era don Angel!"

Había cumplido hacia dos meses los cincuenta años de edad.

* * *

Nació don Angel en el pintoresco pueblecito de Mieza, que mira al río Duero por encima de las ásperas Arribes, muy próximo al sitio en que se levanta la gigantesca presa de Aldeadávila, en la provincia y diócesis de Salamanca (hoy ha pasado a la de Ciudad Rodrigo), el 5 de octubre de 1916.

Su familia vivía la sana tradición cristiana de los pueblos de la Ribera, a la que durante siglos había servido de fermento el muy próximo convento franciscano de Santa Marina de la Verde.

En el seno de la familia brotó el germen de su vocación religiosa y sacerdotal y fue alentador de ella su tío D. Joaquín, párroco de la ve-

cina aldea de Zarza de Pumareda, Cooperador Salesiano y apóstol de la doctrina social católica entre aquellos campesinos.

En el mes de agosto de 1927, recomendado por su tío y a pesar de no haber cumplido los once años de edad, fue llevado al aspirantado de Cádiz por el entonces clérigo trienal allí destinado D. Antonio Hernández (q.e.p.d.), formando con otros tres compañeros de aquellos alrededores un selecto grupito al que el Señor bendijo con la perseverancia. Era el más pequeño de los cuatro y el que llevaba una preparación más deficiente en cultura, por lo que el primer curso se le hizo cuesta arriba; pero triunfó plenamente su perseverante esfuerzo y pudo ir con sus compañeros al año siguiente a continuar sus estudios y formación en Montilla.

Allí completó en otros tres cursos su preparación y en 1931, sin temor a los malos vientos que comenzaban a correr por España a raíz de la primera quema de iglesias y conventos, ocurrida en el mes de mayo, daba comienzo en San José del Valle al noviciado que coronó con la profesión religiosa en noviembre del año siguiente, con algunos meses de retraso sobre sus compañeros por tener que esperar a cumplir los dieciséis años.

En la misma casa cursó los estudios de Filosofía y en agosto de 1934 era enviado a la vecina ciudad de Arcos de la Frontera para hacer su trienio práctico.

Era Director de aquella casa D. Juan Bigatti, que había conocido personalmente a Don Bosco y llevaba el sello de la laboriosidad incansable infundido por nuestro Padre en los salesianos que se formaron a su lado. En aquel pequeño campo de almas infantiles volcó toda la suya con una entrega sin reservas, sin regateos al trabajo y al sacrificio, como atestigua quien, joven sacerdote entonces, convivió y trabajó a su lado: "Era un gran salesiano. Con esas dos alas del auténtico apóstol: Piedad y Espíritu de trabajo y sacrificio. Era maestro de música y aún en los ensayos hablaba a media voz, por respeto, en la capilla de que disponíamos, pues la iglesia había sido incendiada en 1931. Era muy piadoso. No teníamos confesor salesiano. Todas las semanas subía aquellas cuevas del arco Matrera, camino de la parroquia de S. Pedro en busca

del párroco, don Antonio Cia, y se confesaba con él. Puntual en todas las prácticas de comunidad. Con su cara de bondad y su devoción arrastraba a rezar aún a los más rezagados. Disfrutaba enseñando las palabras de la misa. Llevaba el clero infantil estupendamente. Si se le hacía cualquier observación, la recibía con toda humildad. Don Juan (el Director) lo quería muchísimo. Nunca ponía una pega si había que madrugar. Cuando alguno de los sacerdotes teníamos que salir de viaje y había que decir misa temprano, para tomar el autocar que salía a las seis de la mañana, siempre, al bajar, se lo encontraba esperando y con todo preparado. Y ya no se volvía a acostar. Se iba a su clase "chica" a preparar cosillas de sus aficiones; casi siempre a copiar coplas que pedía a los organistas del pueblo para enseñarlas a los chicos.

"A pesar de que sudaba muchísimo, no paraba en los recreos y aún después de la salida por la tarde, siempre tenía voluntarios hasta la hora de la cena. Tenía gran habilidad para entretenerlos. Su equipo atrajo al oratorio a la chiquillería del barrio y del otro extremo del pueblo. Pero siempre, antes de presenciar el partido, había que ir a escuchar el sermonecito y recibir la bendición. Daba gloria ver aquel patio repleto de la "fiel infantería". Los jueves por la tarde salíamos al campo con los muchachos, unas veces por los alrededores y otras al "pantano" y hasta San José del Valle.

"Animoso para toda clase de sacrificios, el día 19 de julio de 1936 se ofreció para ir a San José del Valle y avisar al Sr. Inspector y demás salesianos reunidos en ejercicios, del alzamiento nacional y estado de guerra. No se le consintió.

"Hubimos de pasar por entonces días y noches muy amargos. Anónimos a diario amenazando incendiar el Colegio, como años antes habían incendiado la iglesia. Aquellas noches enteras en la azotea vigilando mientras sobre nuestras cabezas se cruzaba el tiroteo entre los carabineros del barrio bajo y la Guardia Civil arriba en la torre de Santa María. La noche en que prendieron a D. Juan Bigatti abandonamos la casa por la fuerza. D. Angel y yo subimos a la cárcel y a duras penas pudimos ver a D. Juan; gracias a un guardia cuyo hijo estaba en el Colegio. Ibamos por dinero para marcharnos a casa de nuestras familias. Todo el capital del nombre Di-

su recuerdo quedara grabado como el de un verdadero ángel de paz y de luz entre los alumnos, que bendecían su memoria y le bendicen por el bien que de sus manos recibieron.

En 1947 pasa a ser el brazo derecho de D. José María Manfredini, de santa memoria, en la fundación particularmente difícil de la casa de Granada.

Se había formado en la ciudad como un ambiente enrarecido adverso a los salesianos, cual si hubieran querido ellos ir a suplantar a quienes hasta entonces habían llevado en el mismo edificio las populares escuelas del Ave María, célebres en toda España por el prestigio pedagógico de su fundador, Don Andrés Manjón.

Fue menester para ello escoger a salesianos que, animados de espíritu de fe y manteniéndose en línea de completa entrega apostólica a su labor, se armaran a la vez de gran paciencia, para superar aquellos primeros difíciles momentos.

Así lo supieron hacer ellos y especialmente don Angel con una sonrisa constante y muchas veces heroica, que fue haciendo desendurecerse rostros y abrirse puertas y corazones convencidos y arrastrados por el argumento irrefutable de las obras más que de las palabras.

Como para San Juan de Dios, podemos decir que, para D. Angel, Granada fue a la vez su cruz y su gloria. Maestro, asistente, consejero, catequista, director y confesor fueron los cargos que allí ocupó en los diecinueve años de permanencia en la casa; siempre pronto, fiel, obediente: testimonio de vida y de espíritu salesiano.

Queriendo algunos de los que más le conocieron resumir en una palabra su forma de actuar, no encontraron otra que la de ABNEGACION. Primero junto a D. Manfredini, siguiendo en todo sus directrices; después como Director, entregándose a todos en ejemplo y servicio, y más tarde de nuevo como auxiliar de los directores que le siguieron.

Su labor era de fondo: buscaba las almas y ellas respondían a su llamada, como lo atestiguan estos dos trozos de cartas entre las recibidas con motivo de su muerte: "No podemos olvidar en estos momentos en nuestras oraciones al que un día descubrió la vocación religiosa de muchos alumnos granadinos, entre ellos nues-

tros dos hijos...", escribe el padre de dos salesianos. "El fallecimiento del buenísimo D. Angel Mateos, a mis hijos y a mí nos causó gran pena —escribe desde Orlando (USA) una señora—, ya que nos unía su amistad desde el principio de su llegada a Granada. A mi hijo mayor, entonces muy pequeño, lo admitió en la Escuela hasta que empezó a estudiar. Le estimábamos muchísimo y él se interesaba por mis problemas, que ahora con mayor confianza sigo encomendándole, esperando me los solucione y así poder mandar limosnas a su seminario... Desde que supe su muerte todos los días le rezo con gran fervor, ya que estando en presencia de María Auxiliadora le será más fácil atenderme."

En septiembre de 1962 es nombrado Delegado Inspectorial de Cooperadores y Antiguos Alumnos Salesianos, pasando a la casa de Córdoba. Acepta sencillamente la obediencia que le separa de su querida Granada y en el nuevo puesto continúa su trabajo calladamente: organizando, ordenando, promoviendo, animando y ayudando en una labor que nada tiene de brillante ni espectacular, pero con una constancia ejemplar, sin pausas ni treguas, con espíritu de fe del que llega a contagiar a sus colaboradores más cercanos.

El movimiento va consiguiendo nuevas metas, adaptándose a las normas que se va trazando a los apostolados seculares el Concilio Vaticano II.

De él dice en su carta de pésame el Delegado Nacional de Apostolados Sociales: "Testimonio mi profundo pésame por la pérdida que para la Inspectoría supone la desaparición de un salesiano verdaderamente ejemplar y santo. Yo admiraba grandemente su tesón, su fe, su entrega generosa y callada; su aguante en el sufrimiento y ante las incomprensiones que tuvo que soportar para llevar adelante sus queridos Cooperadores. Estoy convencido de que su presencia en el cielo lo van a notar, ustedes los primeros, en el campo del apostolado juvenil, y algo espero también para mí, pues ya he empezado a confiarme con él, al tiempo que aplico sufragios por su alma".

Debido a este su celo constante y callado, cobraron nueva vida las Uniones locales de Córdoba de Cooperadores y Antiguos Alumnos, así

el mismo día— el don de Sabiduría y la Ciencia necesaria para ser un digno ministro del Señor y salvar muchas almas. Pureza de intención y de conciencia. Gracias que seguiré pidiendo hasta recibir el sacerdocio”.

Al comenzar el año 1942 se propone: “Con nuevos bríos y santa terquedad, conseguir un gran amor a Jesús Sacramentado, de manera que trascienda a toda mi vida de cada día y a la Sagrada Escritura, que deberé enseñar a las almas”.

Preparándose ya próximamente a la ordenación sacerdotal, escoge para sí el camino de la cruz y comenta: “Jamás me he arrepentido de haber escogido este camino. Hoy, ante el «*comenzar a sufrir*» (Mamá Margarita), con generoso quiero seguir llevando la cruz abrazado voluntariamente con mi profesión. El mejor camino, el más fecundo y único apostolado”. No olvida sin embargo que por otra parte dice Jesús: “Mi yugo es suave y mi carga ligera”.

Con respecto a la observancia de las Reglas dice: “Por ellas he de ser juzgado. Si no obligan ni bajo pecado venial, yo me he comprometido a observarlas”.

Las impresiones recibidas en los días de ejercicios, como preparación a las órdenes, las resume así: “No sólo no estoy disgustado del camino seguido, sino que de todo corazón doy gracias a Dios por haberme escogido. No soy capaz de comprender la dignidad, la altura a que Jesús me ha traído mas por lo poco que llego a vislumbrar, doy rendidas gracias a Dios. Una temporada antes de mi ordenación: *feliz*, como no creo que haya otros hombres”.

Por fin, el día 30 de mayo de 1942, es ordenado sacerdote y escoge como lema de su sacerdocio: “Christo confixus sum cruci. Estas palabras de San Pablo procuraré que sean el programa de mi vida sacerdotal salesiana”. Como fin de su presidencia se propone buscar siempre el modo de hacer mayor bien a las almas.

Prólija puede parecer esta referencia a sus estudios y trabajo espiritual de preparación para la ordenación sacerdotal, pero sus propias notas nos dejan entrever el camino seguido para llegar a aquella su característica entrega, cuidadosamente abandonada en manos de Dios providente y de los superiores, y a la vez que se ha

ido apartando de toda influencia extraña a su ideal y vocación.

Recién ordenado sacerdote va destinado como Catequista a la casa de Cádiz, en la que se había reunido un pequeño grupo de aspirantes a coadjutores y con quienes permanece durante cuatro años, esforzándose con sus maneras sencillas e industriosas a la vez para ir trasfundiendo en ellos el espíritu salesiano de piedad y de trabajo alegres.

Eran años difíciles: el campo poco abonado, los medios muy escasos y sólo una abnegación heroica podía suplir las grandes deficiencias en clases, talleres y hasta en la misma despensa. Pero él nunca fallaba y siempre tenía algún recurso para salir adelante, cargándose él mismo con la parte más gravosa.

Cuando en 1946 pasó destinado como Catequista al Colegio de Córdoba, había conseguido hacer huella y elevar el nivel del grupo creciente de aspirantes, tanto en el orden cultural como en el salesiano y espiritual. Y no sólo en ellos, como elemento mejor dispuesto, sino entre los demás alumnos, artesanos ya mayores y por inercia reacios.

Con gran sacrificio por su parte preparaba grandiosas representaciones teatrales en las que siempre buscaba la buena lección junto con la diversión de los muchachos.

Pero su porción predilecta fueron siempre los niños pequeños e inocentes con quienes gozaba y a los que con un arte especial llevaba a vivir una tierna devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora. Conservar en sus almas la inocencia y acercarlos a Jesús era su ideal y constituía su mayor placer.

Cuando por las dificultades que atravesaba la casa, veía al Director en algún apuro, o dispuesto a salir en busca de un socorro de emergencia entre los bienhechores, le decía: “Vaya usted tranquilo y seguro; que mientras usted sale a la calle, yo me encargo de llevar unos cuantos angelitos ante el sagrario y todo se ha de arreglar”. Y allá iba él con sus coros de “angelitos”, que se iban relevando en oración continua, y asegura el Director que nunca volvió con las manos vacías.

Un solo curso que pasó en el Colegio de Córdoba como Catequista bastó también para que

rector eran 15 pesetas que nos entregó: tres cuartos de aquellos relucientes y sonantes.

"Ningún vecino nos ofreció su casa. Ni siquiera los más íntimos y cuyos hijos teníamos en la clase. Nos refugiábamos en el Asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Antes de bajar cogimos el copón y con unos abrigos prestados de los viejos (¡era el 19 de julio!), bajamos con el Señor al Asilo, atravesando el gentío al que saludábamos con el ¡UHP! y ¡MAOC! rituales. No nos reconocieron gracias a las sombras de una noche sin luna y a la extravagante indumentaria. Don Angel marchaba muy entero y valiente. Recuerdo que me dijo: «A lo mejor llegamos al cielo antes que al Asilo».

"Nos tendieron un colchón en la sacristía y allí pasamos la noche, rezando y asomándonos a una ventana por si veíamos arder el colegio."

Triunfó el orden, reinó la paz y resurgió mucho más pujante la vida del Colegio con el entusiasmo y plétora de aquellos años triunfales. Se completó la restauración de la iglesia; pero el bueno de D. Angel tuvo que incorporarse a filas al ser movilizada su quinta en mayo de 1937.

Marchó a Valladolid y de allí al frente de batalla, encontrándose en la dura jornada de Brunete. Como era tan querido de padres y alumnos, no dejaban de mandarle cartas y paquetes. (Entre sus papeles hemos encontrado alguna carta simpatiquísima en que se pintan e identifican con sus propios nombres un buen grupo de chicos con sus gorrillos de campaña y su fusil, sacando una estampa de María Auxiliadora que llevaba en la cartera, le contestó: "Libori" declaran ante un indicador de carretera que dice: Frente de Quijorna: "Todos con D. Angel". Allí están: Enrique, Meina, Julio, Libori, Manchego, Cato...)

Recuerdo que un sacerdote le preguntó en una ocasión, en que había venido con permiso, si había sentido miedo en aquella batalla tan dura, y, sacando una estampa de María Auxiliadora que llevaba en la cartera, le contestó: "Nunca".

Habiendo concedido en 1938 el General Jefe del Ejército del Sur, Queipo de Llano, la desmovilización de todos los salesianos que se hallaban bajo las armas, para que prestaran sus servicios como militarizados en los colegios, pues decía con muy sano criterio que más interesaba a la nueva España un maestro en la escuela que

veinte soldados en el frente, pudo volver nuestro don Angel muy contento de nuevo a su colegio y en octubre de aquel mismo año daba comienzo en el Colegio de Utrera a los estudios de Teología, que, por fuerza de las circunstancias, tenía que simultanear con su trabajo de maestro y asistente en las Escuelas populares de San Diego

Al año siguiente, conseguida ya la paz, tras la victoria, marchó a continuar sus estudios en Carabanchel Alto, tras haber renovado su profesión religiosa en San José del Valle el 1 de febrero de ese mismo año; pero de nuevo, por la gran escasez de personal que había supuesto el martirio de 20 salesianos de la Inspección y otras bajas como consecuencia de la guerra, la obediencia le pidió otro sacrificio y el tercer curso de Teología hubo de hacerlo en la casa de Montilla, cuidando también a los aspirantes que allí se formaban. Fue su profesor de Teología en aquel año D. David Morán, que empezó así su largo período de profesor. Dice así del recordado D. Angel: "Fue mi primer alumno de Moral en Montilla, el año que estuvo de asistente con los aspirantes, en el que me ayudó tanto y se mostró tan trabajador y celoso, teniendo a los niños entusiasmadísimos. Que desde el cielo nos obtenga muchos salesianos de su temple ya que nos hacen tanta falta". Al final de aquel curso hizo su profesión perpetua y se ordenó de subdiácono en Málaga. Por fin en Carabanchel hizo el último curso de estudios sagrados y se ordenaba de diácono el 20 de diciembre de 1941.

Fodrá parecer tal vez que una vida tan agitada en este tiempo le debía dejar muy poco para dedicarse a sus estudios, y sin embargo su expediente muestra buenas calificaciones y hasta le quedaron sus ratos no desaprovechados para convalidar sus estudios de Bachillerato en los Institutos de Jerez, Sevilla y Madrid.

Fue también precisamente en este su último año de estudios y de formación, cuando con hondo trabajo interior, como se advierte en sus apuntes, hizo también por recuperarse intensamente el tiempo y prepararse espiritualmente a la ordenación sacerdotal.

Así anota el día en que recibió el diaconado: "Me parece haber vivido y sentido la recepción de la orden sagrada". "Pediré —había anotado

como la Archicofradía de María Auxiliadora. Los delegados locales de todos los centros recibían su visita y sus exhortaciones como un testimonio vivo que levantaba los ánimos por encima de todas las dificultades.

Y para fecundar esta labor y como alivio a la aridez del trabajo, cada día, a la salida del comedor, le esperaba un grupo de los alumnos más pequeños del Colegio. "sus angelitos", que le rodeaban gozosos y le llevaban como conducido para hacer con ellos la visita al Smo. Sacramento y a María Auxiliadora y pasar después con ellos el recreo, entregado a sus juegos infantiles; dejándose él cazar para cazarlos y así tener como valedores ante la presencia del Padre a sus ángeles de la guarda. ¡Cómo se les vio entristecer al echarle de menos por la enfermedad y cómo sintieron su muerte! Todavía algunos de ellos siguen haciendo de vez en cuando su visita y acordándose del querido D. Angel.

Noticioso de su enfermedad, le escribía el Rvdmo. D. Modesto Bellido, dos días después de su fallecimiento: "Me da el P. Inspector noticia de la prueba que el Señor te ha mandado. Me imagino con cuanta resignación habrás aceptado la cruz. Animo. Con todo afecto te encomiendo en estos días a María Auxiliadora y a Don Bosco. NECESITAMOS SALESIANOS DEL FERVOR Y CELO APOSTOLICO DE DON ANGEL".

Esta frase, que de haberle llegado en vida habría lastimado su humildad, quiso el Señor que viniera a ser como siempre viva depositada por los Superiores sobre su tumba y a la vez una llamada al seguimiento de sus pasos.

Con estas palabras hubiera querido cerrar estas notas sobre la vida y figura de D. Angel, pero ellas traen a mi memoria un último recuerdo.

La víspera de su caída en el lecho, sintiéndose cansado del trabajo del día en su despacho, quiso tomarse una expansión y dijo: "Estoy cansado. Me voy a dar un paseo para despejarme..." y tomó el camino del cercano cementerio. Era una tarde de noviembre y fue su última visita para los hermanos difuntos. Sentía para con ellos una piedad y devoción especial.

Bueno será que nosotros, movidos por su ejemplo, procuremos ser generosamente piadosos para con quienes nos precedieron en la fe y duermen en la paz del Señor.

Fue mi deseo presentar enseguida a los hermanos de la Inspectoría y de la Congregación los rasgos más salientes de una vida toda de Dios. Pero el deseo a la vez de presentarla con la extensión que ella exige, me ha hecho retardarla acaso con exceso, por lo que pido perdón a mis queridos hermanos.

Quiera el Señor enviarnos, como se lo pedimos, salesianos del temple de D. Angel, que cubran en nuestras filas el vacío que con su muerte ha dejado.

Al encomendarlo a vuestros sufragios, confío en que él desde el cielo nos ayude a conseguir el florecimiento de las vocaciones que buscaba con afán y cultivaba con tanto cariño.

Tened también presente en vuestras oraciones a vuestro afmo. en C. J.

ANTONIO ALTAREJOS
Inspector

*Inspectoría Salesiana
María Auxiliadora, 14
Córdoba (España)*